

las viejas piedras, como de los políticos y mujeres hermosas. Ni Eroles ni González Bravo, que anduvieron hufdos por Villaviciosa de Odón en sus días nefastos de los respectivos años 1819 y 1854, buscaron escondite en el castillo.

Si alguien se acordó de él en la segunda mitad del siglo XIX, fué para vulgarizar su romántico pasado. En 1846, tras unas obras de reparación en cubiertas y habitaciones, se instaló en su recinto la Escuela de Ingenieros de Montes, con 48 alumnos, más el profesorado, que funcionó allí hasta su traslado a San Lorenzo del Escorial, en 1869. Luego, en 1886, sirvió de alojamiento a un batallón de educandos del Cuerpo de Carabineros, hasta que fué, a su vez, llevado a El Escorial.

Durante la última guerra, la situación dominante del castillo-palacio hizo que fuese aprovechado, por ambas partes, para montar sendos puestos de antiaéreos. El destino, más prudente, le evitó una catástrofe.

Sus actuales propietarios, los duques de Sueca y condes de Chinchón (1), se han limitado a dejar que el edificio muera en paz, bajo la guarda, que no cuidado, de unos colonos, habitantes de su parte baja en unión de los consabidos animales de labor y caseros.

* * *

Con estos recuerdos, burla burlando, nos hallamos ante el castillo-palacio. Se levanta sobre un último repecho, en una amplia explanada, avanzadilla del gran pinar. Al Nordeste de aquélla, y en este día que hacemos la visita, se ha montado un improvisado tenderete-bar. Sirve bebidas baratas y la voz de una gramola o radio, que se encarga de transmitir la de alguna estrella cañí y fácil musiquilla bailable. El contraste con la seriedad y empaque del castillo es manifiesto, pero no logra hacer mella en su impávido carácter.

A nuestra izquierda, dando cara al edificio, empotrada en un muro hortelano y protegida por cinco mojones, queda la fuente de Ventura Rodríguez, con su blanco escudo bajo dosel rematado por tres pináculos. Unos gruesos caños vomitan, sobre profundo pilón, fresca y abundante agua, que pocos se resisten a probar.

El repecho se salva por un corto paseo, ancho para un carruaje, con dos mojones a su entrada. Aún conserva algún canto rodado y, a cada lado, una hilera de altos y envejecidos cipreses, como escobas que, clavadas por el mango, quisieran barrer el cielo. Al igual que la fuente, debieron ser gusto del infante don Felipe, importado de sus visitas a Italia. El caso es que el paisaje, por esta cara, tiene algo de campiña romana y de cementerio español.

El paseo termina frente a la puerta del castillo. Con su pétreo almohadillado, ábrese en el ala principal, casi pegada al robusto torreón, alto de 76 pies, que colocado en el ángulo Norte avanza, protector, 30 pies de la línea regular. Pita Andrade hace notar el parecido entre el chapitel que cubre esta torre y los de El Escorial (2), «si bien aquí el uso de la pizarra queda limitado al cuerpo piramidal que sirve de remate». La punta del chapitel termina en una bola, sobre la que está clavada la veleta con su cruz de hierro calado.

Antes de penetrar damos un paseo alrededor del edificio para volver a su entrada después de ver su ala trasera, más monótona, pero de vista más abierta y alegre. Tiene el castillo-palacio dos pisos, con sus respectivos huecos de balcones y ventanas cuadrados, algunos cegados. El piso segundo queda más retirado, para dejar sitio al paseo de ronda o ándito que, protegido por macizo antepecho, corre a la altura superior del primero. Los otros tres ángulos del edificio tienen sus correspondientes cubos, grandes, de 33 pies de radio. El de la fachada principal está, además, adornado de barroco escudo. Un documento fechado en 1850, año en que el castillo cumplía fines burocráticos como Escuela de Ingenieros de Montes, detalla éstos y otros datos dimensionales: «De planta rectangular, su lado mayor tiene 153 pies y el menor 128, siendo el grueso de la fábrica, en la planta baja, de 13 pies»; el frente del cuadrado torreón «es de 53 pies y de 15 su espesor. La elevación de todo el edificio es de 57 pies y la del torreón 76. Está construído de mampostería, con las jambas de los huecos de granito».

De regreso al punto de partida, penetramos en el palacio por la cuadrada puerta. Un amplio zaguán, de cuya izquierda arranca una

gran escalera, nos recibe y conduce al patio interior. Es éste de más típica factura herreriana, con su clásica arquería de piedra, formando soportales, y los dos pisos superiores, de paredes de ladrillo, en las que se abren, respectivamente, balcones y ventanas. El citado documento dice: «Una de las cosas que más llaman la atención es su patio, formado por un rectángulo de 53 por 30 pies, circundado por un pórtico con pilares y arcos de la misma piedra, de cuya materia son igualmente las jambas y los entrepaños de agramilado». En el centro un pozo, de macizo brocal, cubierto de tejadillo sostenido por cuatro pilares. Todo es sucio y maloliente. Vista y nariz pronto se ponen de acuerdo en la causa: vacas, gallinas y otros simpáticos animales campan por sus respetos. Hasta se han improvisado cuadras en los soportales de la izquierda, tabicando alguno con adobes. A la derecha queda una gigantesca cocina, negra como la pez por el humo que, durante años, no ha sido capaz de tragar la enorme chimenea de campana. La negrura alcanza a otras habitaciones anejas.

Por la monumental escalera de 64 peldaños, que arranca del zaguán, subimos a los pisos superiores. Es aquí donde el abandono se hace más patente. Galerías destartaladas, grandes habitaciones vacías, paredes blancas de cal, llenas de desconchones y boquetes; techos de adornos rococos, caídos en muchos trechos; cascotes, ladrillos y maderas rotos en el suelo, y éste, en algunas partes, hundido, dejando ver al aire las vigas, como costillar de un gigante descarnado. Las hermosas puertas de cuarterones y otras tallas, faltan en la inmensa mayoría de los quicios, cada año más. En éste de 1954, aún queda la de la capilla, de doble batiente y talladas cruces. Entre esta desolación se hallan la sala donde murió Fernando VI y la capilla que sirvió de corta, pero terrible cárcel, al Príncipe de la Paz.

La sala es amplia, aunque más larga que ancha, con un balcón a la derecha. Una frontera puerta comunica con otra sala o amplio pasillo, con balcón central y, a los extremos, una hornacina, a modo de armario empotrado, en el de la derecha, y un cuartito retrete en el de la izquierda. En éste le sorprendió el vómito de sangre al monarca. Antes, hasta la guerra, existió sobre la entrada una placa rotulada, en la que se leía: «Aquí murió el señor don Fernando VI, el día 10 de agosto de 1759», y hasta se señalaban unas manchas negruzcas, en las baldosas del suelo, como posibles huellas de la sangre regia. Hoy, el suelo está muy destrozado, las puertas arrancadas y la placa desaparecida. En las paredes sólo se leen típicas frases de literatura cuarteril u otras, más amorosas, de esos anónimos visitantes que creen inmortalizarse con sólo escribir sus nombres en un muro.

En cuanto a la capilla, es pequeña. Siete por siete pasos. Con dos salientes a cada lado y sobre ellos sendos balconillos. El techo forma airosa cúpula. Todo está vacío y desnudo. Únicamente resta la puerta de entrada y un zócalo de azulejos azules a lo largo de las paredes.

Con el ánimo entristecido ante tanto abandono, subimos al segundo piso, aún más destrozado que el primero y hasta peligroso de andar por él por los hundimientos del suelo. Allí se halla el célebre paseo de ronda. Ya no es de necesidad salir a él por ninguna puerta de abovedado dintel. Basta simplemente con saltar por el hueco de alguna ventana, entre cascotes de piedras y yesos. Es el ándito como un macizo balconcillo corrido a lo largo de todo el perímetro del castillo, con una elevación en la parte que rodea al torreón. Su robustez pétreo le ha preservado hasta ahora de la ruina y se conserva perfecto, aunque lleno de yerbajos. En algunas partes, por su cara exterior, han crecido arbustos e incluso algún pino e higuera, caprichosos de desarrollarse allí contra toda ley natural. El agrónomo Herrera no pudo sospechar cosa más curiosa para adornar la obra de su contemporáneo el Herrera arquitecto.

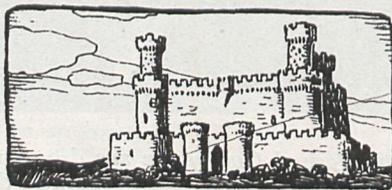
La vista es espléndida, más que en sí misma, por la sensación de absoluto reposo, calma y tranquilidad del ambiente, que embargan el ánimo. Este silencio, junto con el sano aroma de los pinares y la visión de los almendros en flor y alegre luz madrileña, crean un equilibrio entre el bienestar y la melancolía, el más idóneo para que vuele la imaginación del más materialista de los visitantes.

Acodado sobre este pretil del ándito, y sólo acompañado de sus tristes pensamientos, pasó Fernando VI sus últimos meses de paranoico. Nosotros únicamente hemos estado unos momentos. Contemplamos en silencio el campo, los arbustos de inverosímil arraigo entre las piedras, las asustadizas lagartijas que corren, en rápidos y nerviosos zig-zags, entre las grietas, y también nos acompañan pensamientos: el del recuerdo del propio Fernando VI y el más triste del actual abandono del castillo-palacio, en buen momento todavía para ser salvado de una total ruina. Este último pensamiento nos persigue al dejar el edificio y dirigirle la mirada de despedida, y aún cuando el coche corre rápido por la carretera buscando el regreso a Madrid.

A. Q. R.

(1) Godoy, conde consorte de Chinchón, por su matrimonio con María Teresa, había obtenido los títulos de duque de la Alcudia (1792), marqués de Alvarez (1792), Príncipe de la Paz (1794) y duque de Sueca (28 de diciembre de 1803), títulos ducales que, junto con el condal de Chinchón, pasaron a su hija Carlota Luisa, casada con Camilo de Ruspoli.

(2) Pita Andrade: «Segunda visita a la provincia».



Labor del CENTRO COORDINADOR DE BIBLIOTECAS en 1954

EL Centro Coordinador de Bibliotecas ha cumplido su primer año de vida. Y con él, la tarea prevista. Nuevas bibliotecas en los pueblos de la provincia de Madrid, a disposición de los respectivos vecindarios; libros y revistas en las manos de todos, que vendrán a ser un elemento más de cultura y perfeccionamiento.

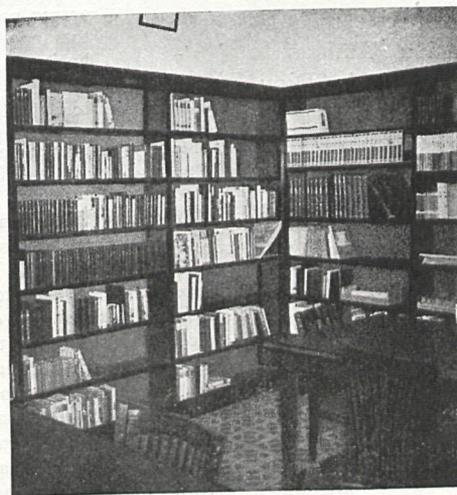
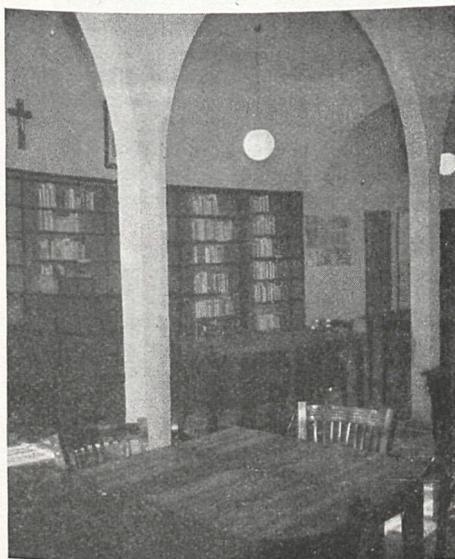
En el primer año de su vida, el Centro Coordinador ha creado, instalado y puesto en servicio cinco nuevas bibliotecas: cuatro en los pueblos de la provincia y una en la capital, en el Hospital Provincial, dependiente también de la Diputación. Aquéllas han sido instaladas en Chinchón, Colmenar Viejo, Torrelaguna y Collado Villalba, siendo inauguradas en diferentes fechas a lo largo del año.

La Biblioteca pública municipal de Chinchón ha sido instalada en un edificio destinado anteriormente a escuelas y consta de un gran salón de 80 metros cuadrados, con excelente orientación y luminosidad. La inauguración se efectuó el 3 de octubre, «Día de la Provincia». El acto fué muy solemne, asistiendo a él las primeras autoridades provinciales y locales y numeroso público. Fué bendecida

la biblioteca por el excelentísimo señor Obispo auxiliar de Madrid, Doctor Ricote, y pronunciaron discursos los señores Presidente de la Diputación, Marqués de la Valdavia, y el Diputado presidente de la Comisión de Cultura, don Eugenio Lostáu Román.

En Colmenar Viejo se inauguró su biblioteca municipal el día 31 de octubre. Quedó instalada en la planta alta de un edificio del Ayuntamiento, con un salón también muy espacioso de 60 metros cuadrados, en sitio muy céntrico. El acto fué presidido por el excelentísimo señor Marqués de la Valdavia y los Diputados señores Lostáu y Torrecilla, asistiendo al mismo el Comisario de Extensión Cultural del Ministerio de Educación, señor Jiménez Quílez. Pronunciaron discursos los señores Torres, Alcalde de Colmenar Viejo; Tolsada, Director del Centro Coordinador, y Marqués de la Valdavia, que pusieron de relieve la importante mejora que representa para los pueblos la creación de esta clase de Centros.

Torrelaguna abrió las puertas de su biblioteca municipal el día 19 de diciembre. Ha sido instalada con toda



He aquí tres aspectos gráficos de la labor del Centro Coordinador de Bibliotecas. Corresponden estas fotos a los centros de Villalba, Colmenar Viejo y Chinchón.—(Fotos Leal.)

comodidad en un gran salón contiguo a la iglesia parroquial, cedido para ello por el Obispado. Su instalación responde al estilo del edificio, español del Renacimiento. La Biblioteca ha sido bautizada con el nombre «Juan de Mena», en memoria del gran poeta de dicho nombre, muerto en Torrelaguna en 1456, y sepultado hoy en uno de los pilares de la magnífica iglesia parroquial, obra del glorioso hijo de Torrelaguna, Cardenal Cisneros.

Al acto asistieron el Presidente de la Diputación, el Alcalde de Torrelaguna y Diputado provincial señor Sanz Huerta, el insigne poeta don Gerardo de Diego, en representación de la Real Academia Española, invitada especialmente al acto, y el señor Tolsada. El señor De Diego leyó unas magníficas cuartillas, que publicamos en este número, y a continuación hablaron los señores Sanz Huerta, Tolsada, terminando el acto con un discurso del señor Presidente de la Diputación. El acto estuvo muy concurrido, siendo precedido de una misa solemne en la parroquia.

Por último, la inauguración de la biblioteca de Collado Villalba tuvo lugar el día 26 de diciembre. Se ha instalado en una sala del piso bajo del propio Ayuntamiento, con capacidad para varios lectores. La instalación es provisional en tanto se termina un edificio adecuado en el barrio de la estación del ferrocarril de dicho pueblo. Al acto asistieron los señores Presidente de la Diputación, Diputado señor Lostáu y el Director del Centro Coordinador de Bibliotecas, juntamente con las autoridades locales. Después de bendecida la biblioteca y oída la misa del Espíritu Santo, se celebró la apertura, pronunciándose los discursos de rigor, quedando al servicio público el nuevo centro.

* * *

La Biblioteca «San Juan Bautista», del Hospital Provincial, que venía anteriormente funcionando en el mismo a cargo de la Agrupación «Amigas de los Enfermos», bajo la presidencia de la excelentísima señora Condesa de Torrellano, y la secretaria, la señorita Hernández de Henestrosa, se celebró la nueva instalación patrocinada por el Centro Coordinador. En una de las salas del piso del Hospital Provincial se ha instalado la biblioteca, con estanterías y mesas con dibujo muy elegante. El acto tuvo lugar el día 2 de febrero, por no haber sido terminadas antes las obras de adaptación del local y del mobiliario; todo ello correspondiente al Presupuesto de 1954. Asistieron, con la Junta Directiva de la Agrupación «Amigas de los Enfermos», los señores Marqués de la Valdavia, Diputado Visitador señor Lostáu, Secretario general de la Diputación, señor Martínez y Fernández-Yáñez; Méndez, Director del Hospital de San Juan de Dios, y Tolsada, así como numeroso público, que elogió la nueva instalación del servicio.

* * *

Con las bibliotecas creadas en el año 1954 funcionan ya las siguientes en la provincia de Madrid, bajo la dependencia del Centro Coordinador: Aranjuez, Chinchón, Colmenar Viejo, Collado Villalba, Getafe, Cenicientos, Valdetorres de Jarama y Zarzalejo.

Para 1955 se espera inaugurar las de San Lorenzo del Escorial, San Martín de Valdeiglesias, Navalcarnero, Miraflores de la Sierra, Valdemoro, Alcobendas, San Sebastián de los Reyes y dotar al Colegio de San Fernando de una de carácter profesional.

Gerardo de Diego, exalta la figura de Juan de Mena en el discurso inaugural de la Biblioteca de Torrelaguna

El ilustre Académico de la Española don Gerardo de Diego, que asistió a la inauguración de la Biblioteca «Juan de Mena», pronunció el siguiente discurso:

«Inaugurar una Biblioteca siempre es un acto memorable. Y si se trata de una Biblioteca Popular, especialmente simpático. La vida intelectual en las pequeñas capitales, en las villas y aldeas ha cambiado mucho y se ha enriquecido de posibilidades según ha venido avanzando nuestro siglo. La radio, el cine, los discos abaratan la cultura, la música, la ciencia y las letras y las sirven a domicilio o en locales de reunión social poco menos que gratuitamente. Con el mínimo esfuerzo. Y ésta es la peligrosa paradoja de la extensión cultural moderna. Porque a mínimo esfuerzo, mínima adquisición y provecho espiritual. Por eso debemos cuidar del libro, de su difusión y propaganda, de que no falten algunos libros esenciales, libros de devoción, de ciencia y técnica, de buena literatura en todos los hogares como consecuencia de los núcleos selectos de las bibliotecas estatales, provinciales y municipales. Porque el libro, como forma de materialización física y bibliográfica de la cultura, podrá estar en decadencia o en peligro de desaparición ante el empuje de los discos, cintas, hilos, microfilmes o demás invenciones de la industria humana, a vueltas con los problemas del espacio, del peso y de la combustibilidad. Pero el libro, lo que hoy entendemos por libro y que siempre seguirá siendo el libro, cualquiera que sea la forma en que se nos ofrezca, es el compañero insustituible, el silencioso consejero que nos fuerza a pensar y a sentir, a colaborar con él y a educarnos en el ejercicio activo de la mente.

He venido aquí representando indignamente a la Real Academia Española y sólo esta representación puede justificar el que os hable. Torrelaguna celebra hoy la apertura inaugural de la Biblioteca «Juan de Mena». Y estos dos nombres, el de Torrelaguna y el de Juan de Mena, evocan en mí entrañables emociones. El nombre de Torrelaguna porque está unido al recuerdo de mi santa madre que aquí vivió los años de su mocedad y aquí hizo su noviciado en la lengua de Castilla, ella, la doncellita vascongada de Madariaga, el caserío de Azcoitia, donde nadie hablaba entonces sino vascuence.

Y esa palabra, Torrelaguna, armoniosa y luminosa, con sabor a sierra y a poesía, resonaba en los oídos de un niño que, de la mano de don Marcelino Menéndez Pelayo en las páginas de su «Antología de Líricos Castellanos», aprendía el ritmo de su lengua en los versos del poeta cordobés, en sus coplas de arte mayor, vigorosas, férreas, cuadradas, macizas como conviene al asunto grandioso que las inspira. Hasta los neologismos nobilísimos y arriesgados sonaban a los oídos del escolar como fiel contraste de metal precioso que por nada del mundo malgastaría en sustituirlos por moneda más baja y usadera. Y avanzaban como cuádrigas de brones con sus cuatro acentos equidistantes los versos heroicos del poeta:

«Con dos cuarentenas y más de millares
le vimos de gentes armadas a punto,
sin otro más pueblo inerme allí junto,
entrar por la vega talando olivares,
tomando castillos, ganando lugares,
haciendo con miedo de tanta mesnada
con toda su tierra temblar a Granada,
temblar las arenas, fondón de los mares.»

Gran poeta Juan de Mena, el primero que crea un lenguaje poético y se alza sobre las inferiores categorías de juglares y trovadores. Esta Sierra le vió muchas veces solo o con su gran amigo don Iñigo, el Marqués de Santillana, cruzar sus puertos y recogerse en sus castillos o en sus albergues, yendo o viniendo de Segovia a la Nueva Castilla y a la Andalucía. Y Torrelaguna o Tordelaguna tuvo el triste y piadoso privilegio de recogerle enfermo y maltrecho, probablemente agotado su frágil cuerpo de humanista, el rostro pálido, gastado del estudio, envejecido prematuramente por las largas vigiliadas. Y aquí en Torrelaguna hubo de rendir su alma a Dios el que naciera en Córdoba la llana, el huerfanito de padre y madre que había de ser en cambio adoptado por las musas. Con el orgullo natural en todo poeta prometió un día a una dama, tratando de convencerla de que depusiera su esquivéz, la perennidad de las amadas de mortales, de las musas de carne y hueso salvadas para el futuro por las palabras de oro y fuego. «Yo vos suplico y vos ruego—me libredes de esta pena,—ca si muero en este fuego—no quizá fallareys luego—cada día un Juan de Mena.» No; no se halla cada día un Juan de Mena. Nacen de tarde en tarde, y es mucha suerte para una mujer sobrevivir en las estrofas de un gran poeta. Séalo también para esta flamante Biblioteca un adjetivo que le gustaría a su padrino el poeta: nacer a la vida alta y clara de Castilla con el nombre esclarecido de Juan de Mena.»

PAISAJES DE LA PROVINCIA



Con esta nueva sección que titulamos «Paisajes de la Provincia» pretende la Revista CISNEROS ir descubriendo con amor a los madrileños los rincones de su tierra, esos rincones que tal vez ignoren. Por tanto, con estas bonitas fotos de Loygorri, iremos creando una especie de pequeño Album familiar para que poco a poco vaya quedando en vuestras retinas toda la sugestiva poesía de la tierra madrileña.

CHINCHON

Empezamos hoy con la Plaza de Chinchón, con la recia castellanía de este recinto, redondo, descarado, arbitrario, pero hermosamente bello. La de hoy es una plaza vestida de fiesta, una plaza que ha hecho decir al poeta:

¡Oh, plaza de Chinchón!, gaya ventana
de la ibérica sangre aventurera.